

# Alzheimer: el olvido silencioso de la memoria

Dionicio Morales

DICE UN REFRÁN POPULAR que recordar es volver a vivir. Cierto y no. Cierto, porque en el acompasado viaje del recuerdo, al parecer, uno puede apropiarse de nuevo de los seres y las cosas con sólo nombrarlas —como hacen los poetas— e imaginar y sentir con sólo convocar e invocar —palabras que no quieren decir lo mismo, ya que una palabra tiene un significado terrenal y la otra es divina— los instantes, las sensaciones, el equilibrio justo y necesario entre el corazón y el razonamiento, o la oscilación entre la carne y el espíritu, para sentirlas, tocarlas, sin importar el tiempo y el espacio, las circunstancias, los resultados finales en el inventario utópico o desconsolador de la memoria para conferirle forma a la vida vivida. Y no, porque ¿quién nos puede asegurar que en ese repaso —iba a escribir *reposo*— de vivencias que mira de pronto hacia atrás se puede reconstruir del todo la vida? Existen cosas de nuestra vida diaria, de nuestra insospechada intimidad, dolores y placeres incluidos, por decir algo, que no pueden repetirse del mismo modo —como sentir que la vida se te va, o se te viene, en la muerte chiquita, o la desaparición de una persona muy querida—, lo que equivaldría a querer instaurar de nuevo esos irrepitibles momentos de eternidad.

El libro de poemas *De adinamia de mente de umnesia*, del dominicano Rei Berroa, trajo a mi memoria este refrán que, ahora que lo pienso con mayor detenimiento, y a propósito de la vida vivida, creo que más bien es una frase de la sabiduría popular —aunque algunos escritores la han hecho suya— inventada por un sabio ignorado, como un mágico consuelo para aquellos optimistas o ambiciosos seres que presumen de que la vida no ha pasado sino que se ha quedado en ellos.





Esta poesía, como toda poesía, tiene varias lecturas que van del monólogo teatral a la biografía, de la historia a la filosofía, de lo que se podría llamar en leyes reconstrucción de hechos a una noveleta, y hasta me atrevería a decir que puede ser un ajuste de cuentas del propio Rei Berroa para, citando a Octavio Paz, dejar en claro su pasado —y el de la protagonista—, es decir, desprenderse de culpas, si las hay, asimilándolas, o inventándolas, si no las hay. Es el recuerdo vivo en el concierto lírico de la memoria.

En este libro Rei Berroa, conocedor de técnicas poéticas, opta por el monólogo, lo cual no tendría, en primera instancia, nada extraordinario, porque dicen que los poetas, hablando de egos en la primera persona, son el *yo* más grande de la creación; lo realmente peculiar aquí es que el poeta cede la palabra, la voz, al personaje, tan entrañable para él, de la madre —por eso hablaba yo de un ajuste de cuentas—, y se debe reconocer que no es nada fácil apoderarse de esa voz maternal, meterse dentro de su piel y hacer un balance, el resumen de una vida —o de varias vidas al mismo tiempo—, como aquí. El poeta recurre a los versos callejeros, así los llama él, para consolidar un pasado que viaja hacia otros estadios de la memoria que poco a poco carcomen esa vida, a través de la enfermedad relativamente moderna que conocemos como mal de Alzheimer.

Rei Berroa encierra este largo poema en una forma musical por naturaleza, como en la mayoría de sus libros, quizá porque sabe que el canto del dolor, como en César Vallejo, o de una vida gastada poco a poco, como en Jaime Sabines, tan cercana, tan querida, como es la de una madre, puede llegar a los ojos, a los

sentidos de los lectores, con toda la gravedad de una desgracia irremediable, pero con la certeza amorosa de que al final el olvido, la memoria, los largos silencios, no quebrantan del todo la parcela que le corresponde todavía de este mundo.

Las dos primeras estrofas son clave en la configuración del poema porque la protagonista, desde el inicio, nos ilumina con algunas oscuras pistas, aunque suene paradójico, acerca de los olvidos involuntarios que empiezan a carcomer la memoria y a hacer difícil la recordanza. Y desde su inicio el poema se abre con cierto titubeo para nombrar correctamente los años y, sobre todo, es estremecedor porque en unos cuantos versos nos revela la fuerza, llamémosle del mal —¿habrá en esto alguna fuerza que sea la del bien?—, que obnubila de pronto nuestros sentidos cuando tratamos de explicarnos, de entender, de conocer más de cerca el fenómeno por el que se encamina uno a la cima después de haber estado en la cima:

[...] mirando  
cómo se nos viene encima la noche  
sin saber si llegará el mañana,  
sin poder escapar de este vacío  
en donde sin querer hemos caído...

Y como en una obra teatral, se expone el planteamiento un poco aterrador de lo que es en realidad la enfermedad, en lo que se ha convertido, en las consecuencias por las que la memoria flaquea y el dolor va royendo no sólo el alma sino también el cuerpo, al que no responden las partes motrices del cerebro como antaño, de manera que el olvido y el silencio sobrecogen, tejen y destejen

las telarañas que hacen que la persona se oville, se siente, se inutilice de vida y movimiento, o se agite en una búsqueda y un encuentro muy cerca del paroxismo, para instalarse en un paraíso —no olvidemos que la religión cristiana también arrastra un infierno— que no es tierra de nadie, para caer en el gran vacío, o lo que es lo mismo, la noche eterna de la nada.

Por supuesto que en la enfermedad existen gradaciones, instantes, lucideces, a medida que la memoria va perdiendo sus atributos; es decir que el Alzheimer se presenta al principio por etapas, y no he oído hablar de algún paciente que haya llegado a la inmersión en las sombras del silencio de la noche a la mañana. Ahora que recapitulo sobre esta enfermedad guiado por el aleccionador poema de Rei Berroa, no sé qué cosa puede ser menos desgarradora: si ese aterrizaje al silencio del olvido poco a poco, a intervalos —con los sufrimientos de familiares—, o la irrupción violenta que puede terminar con un único estruendo la vida. El personaje que lleva la voz poética habla de los momentos en que ella recuerda, a veces con lujo de detalles, a veces con timidez por no estar segura de los hechos, su vida y a los seres que formaron parte de su familia.

Entre recuerdos de la historia que le tocó vivir, y que aquí está narrada con la sapiencia del poeta, de pronto la madre hace altos en el camino, síntomas evidentes de la memoria dañada, para externar sus dudas, interrogarse, cuestionarse. Y es en estas partes del poema en donde el autor, según se puede notar en la expresión que se asoma repentinamente, sin previo aviso, patentiza dolorosa y estéticamente escrito el cambio, ese cambio que duele, que lastima, que lacera, pero que es el testimonio verdadero de una vida que se apaga y se enciende a ratos, y que, de alguna manera, contrarresta el silencio, a estas alturas no oído pero sí padecido en la pérdida de ciertos sentidos.

La enfermedad no sólo lastima la imagen de la protagonista con todas sus secuencias y consecuencias al quedar marginada de esta vida a medio vivir, supeitada a los terribles bamboleos de la memoria; con expresiones colocadas *in crescendo*, conforme avanza el largo silencio, también destruye un poco la fortaleza de los familiares y amigos que están muy cerca de ella, que la atienden, que la quieren, porque ese desconoci-

miento, esa ignorancia de su presencia es una dolorosa evasión que alcanza su nivel más alto cuando el forzado silencio de la protagonista se convierte dolorosamente en miradas incomprensibles y naufragadas que rompen el equilibrio de los vasos comunicantes, que con torpeza e interrupciones inesperadas, se podían sostener hasta antes de la aparición del mal en su persona.

Quiero resaltar que en este largo poema las circunstancias ya esbozadas en el comienzo han inducido a Rei Berroa a contarnos la historia de una historia, y quizá el dolor, la recuperación de una memoria que también es suya, la exposición poética de la primera persona, el fresco que nos presenta como en un largo mural, incluso el tratamiento del tema, digamos que han manchado, no de tristeza sino de nostalgia permanente, el alma de la protagonista, que con una mirada compasiva y beligerante, con las pausas de regresión ante el cuestionamiento de la vida, zarandea al lector de su quebranto ensimismado al que lo ha guiado el autor. ¿Por qué de tristeza y no de nostalgia, se preguntarán algunos? Porque la tristeza es pasajera, y la nostalgia, que es endémica, muere con nosotros.

*De adinamia de mente de umnesia* es hijo de su tiempo y ahí queda como una muestra más en la literatura contemporánea de que el poeta, en su expresión breve, pero en su planteamiento dilatado, puede poetizar una historia no velada. ▲▲



Rei Berroa  
*De adinamia de mente de umnesia*  
 Villahermosa,  
 Maúcho (Refugio de la Poesía)  
 2010, 81 pp.